

XVI.

Era á mediados de Setiembre, que es el tiempo más hermoso del año en Normandía. Es verdad que ya el suelo no tiene su espléndida verdura; pero sus encinas enrojecen bajo un cielo rojo también. Los oxiacantos no adornan ya la orilla de los senderos de donde el viento los desprende para convertirlos en polvo espeso y odorífero, con el que se llenan los surcos que han dejado las carretas en el camino. Los manzanos, rectos ó inclinados, de los cercados han perdido su adorno de rosas blancas, pero sus rojas manzanas, que son las naranjas y las uvas de los pueblos del Oeste, brillan á través de las ramas y caen al pié de los troncos, haciendo que sus copas inclinadas se asemejen á otros tantos cuernos de la abundancia. El centeno, ese pan negro del pobre, no está aún en disposición de segarse, pero lo estará dentro de pocos días, y sus haces, cortados y amontonados en el suelo á iguales distancias, formarán como un campo de pequeñas tiendas.

Quando llega la noche (esas noches nacaradas de Normandía), nubes espléndidas de color y de forma se elevan encima de aquellas campiñas de tan exuberante aspecto, y ante sus magnificencias mágicas no se echa de menos la pureza serena del más hermoso cielo de primavera. No se oyen los cantares alegres de los segadores que vuelven de sus trabajos del campo á cenar á las granjas, pero sí los ladridos melancólicos de un perro á quien el eco impaciente, y que se conmueve por los pasos presurosos de un cazador que regresa tarde de su expedición.

Un otoño semejante recompensa por adelantado las nevadas que le han de seguir, y al verle, es indudable que un italiano comprendería la exageración que hay en el dicho tan repetido de «Ver á Nápoles y morir....»

Las campanas de Santa Madre Iglesia anunciaban la hora de mediodía, y á su sonido dulce y confuso en el seno de aquella atmósfera húmeda de luz, las viejas que trabajaban en las puertas cintradas de sus chozas de bálago, repartidas en el camino que va de Santa Madre Iglesia á Montebourg, hacían la señal de la cruz y recitaban el *Angelus*. El sol calentaba demasiado todavía y obligaba á buscar la sombra y el fresco.

Probablemente á causa de este calor de la

atmósfera, aumentado por el sol entonces en su mayor altura, dos personas que iban á caballo, un hombre y una mujer, tomaron un sendero sombrío que serpenteaba entre las hayas despojadas de sus hojas, y que conducía á una eminencia, desde donde se descubría una preciosa campiña sembrada de ramilletes de árboles y de hermosos pastos. Aquellos dos jinetes debían haber dado una carrera muy larga, porque sus caballos estaban cubiertos de sudor. Marchaban al paso, obedeciendo más á su gusto que á las riendas, que pendían colgantes encima de sus cuellos, y al llegar al cerro se detuvieron.

El joven desmontó para dar la mano á su compañera; pero ésta, tan ágil como él, de un ligero salto se dejó caer en tierra, sin servirse del apoyo ofrecido con tanta solícitud.

—Detengámonos aquí, y esperemos que pase el calor para volver á los Saucés,—dijo ella, levantando por encima de su sombrero de copa el velo que cubría su rostro, mientras que su compañero ataba los caballos á la rama de un árbol.

—¿Estás cansada, amiga mía?—preguntó el joven, con una voz en que se observaban al mismo tiempo el temblor producido por el temor y el respeto de la adoración.

—Esa pregunta debiera ser yo quien la hi-

ciera, Allán (respondió la dama con una sonrisa). Estáis todavía convaleciente, y tal vez la carrera que hemos dado hoy sea demasiado larga y pueda perjudicaros.

—¡Oh! no temas nada, Iseult mía (respondió el joven). La vida se ha aferrado en mí con mucha seguridad, y ya no me abandonará.

Ella le miró entonces con ojos asombrados, del mismo modo que hubiese mirado á un insensato. Á decir verdad, su rostro estaba muy pálido y su cuerpo muy delgado para hablar de aquel modo de la vida: tenía el aire de un espectro vacilante.

—Sentémonos, Iseult,—dijo él.

Y ambos se sentaron al pié del cerro, teniendo el sol á su espalda, pero protegidos por el mismo cerro contra sus rayos.

—¡Qué bella eres!—exclamó después con una voz llena de la embriaguez del amor.

Y era verdad; el otoño de aquella mujer, aunque más avanzado que el del año, parecía más hermoso que la naturaleza.

La belleza escultural de sus formas, que parecían haber sido moldeadas para las eternas luchas de la voluptuosidad, se destacaba de un modo admirable por encima de su amazona de merino negro. La carrera y el calor habían hinchado un tanto las venas de su ca-

ra, y hacían brillar en sus pálidas mejillas un sonrosado que hacía mucho tiempo no se veía en ellas; sus labios se entreabrían, dejando ver unos dientes blancos y menudísimos. La animación de aquel rostro era tal, que se olvidaban las arrugas que comenzaban á surcarle, y que hubieran debido marcarse más con el esplendor cruel de la luz del mediodía y bajo el áspero azul del ardiente cielo que los cubría en aquel instante.

Quitóse uno de sus guantes de gamuza, y con su mano, que parecía de alabastro, comenzó á alisarse sus negros cabellos, de los cuales las penas de la vida habían blanqueado algunos prematuramente, que semejaban finísimos hilos de plata.

—¡Ay, Allán! (replicó, después de un espacio de silencio, mientras que el enamorado joven la estrechaba la cintura con un brazo.) Soy bella de la misma manera que vos sois dichoso. El mañana está ahí, que nos amenaza á uno y á otro. Hay en el fondo de esta belleza que vos amáis, como en el fondo de la dicha que tenéis tan presente, un germen de muerte, que mañana puede desarrollarse repentinamente.

Y como para darle la razón, en el mismo instante el bello color que la carrera y el calor habían producido en su cara, se desvaneció,

lo cual advertido por ella, le arrancó una triste sonrisa.

—¡Qué cruel eres, Iseult! (dijo Allán con amargura.) ¿Sois así todas las mujeres? ¿Envenenáis siempre la fruta que dais al desgraciado que muere de sed y que os bendice al morir? Mientras que yo me embriago en tu contemplación lo bastante para olvidar que no me amas, tú procuras ennegrecerlo todo con tu fúnebre acento. No tratas más que de anonadarme con el peso de tu fría razón.

—Allán (respondió ella); repitiendo muchas veces á los hombres que no eran más que polvo, se ha conseguido alguna que otra vez atraerlos á Dios. Si no hubiera brillado en mi frente un rayo moribundo de mi belleza pasada, no hubierais pensado en amarme vos, niño y poeta, es decir, dos veces hombre para los amores de la carne. Cuando los gusanos de la vejez se apoderen de este cuerpo sin corazón, vuestro amor dejará de existir. ¿Y sabéis lo que hago con repetíroslo tanto? Evitaros el espanto que mañana os espera.

—¡Ay! Tú piensas siempre en el porvenir. Es la palabra terrible de que te sirves para acibararme la felicidad que gozo al presente.

—Es, amigo mío, que no pienso en otra cosa que en el vuestro. Es que yo no tengo los

ojos llenos de lágrimas que me impidan el ver, y que á vos os ciegan.

—Bien, criatura inexplicable; destrózame en nombre de tu sabiduría; no me volveré á quejar. ¿No soy tu esclavo? ¿No te daría toda la sangre de mis venas, si fuera necesario, para lavar tus piés adorados? ¿No has cambiado tu belleza por mi corazón, el contacto de tu boca por mi alma? Por lleno de amor y de juventud que pueda estar mi corazón, ¿no le paga con exceso tu belleza? ¡Ah! Yo hubiera vendido el cielo y la tierra por una sonrisa tuya, y no es solamente una sonrisa lo que me has dado.

Y con sus ardientes labios oprimía los de la Condesa, que permanecían inertes. ¿Qué efectos ha de producir un nuevo rayo en los lugares devastados de antemano por otro?

—¡Ah! ¡cómo me has engañado! (exclamó el joven, notando que aquella vida helada y endurecida no se derretía al contacto ardiente de sus caricias.) ¡Cómo me has engañado, Iseult! Antes de conocerte mejor, me imaginaba que eras todavía una mujer, y que tu alma, esa flor eterna, volvería á abrirse al contacto de un amor como el mío. Yo me decía que había misteriosas armonías entre lo que acaba y lo que comienza, entre la virginidad de un primer amor en un corazón puro, y el

martirio de los amores muertos en un corazón herido. Me parecías aún más tierna que hermosa, y tu belleza, que vacilaba sobre tu frente oscurecida ya, atormentaba en mí el sentimiento del infinito, y hacía mi amor inmenso como la eternidad.

—Lo comprendo, pobre niño (dijo la Condesa, con una especie de desvarío, y con la mirada dulce como en la juventud): y eso hubiera muy bien podido no ser una ilusión. Si, hubierais logrado encontrar una mujer de la edad de vuestra madre, y que, sin embargo, no os hubiese amado con el amor que se ama á un hijo. Decís verdad, Allán. Bajo la amenaza de morir pronto, la belleza y el amor, ganan tal vez lo que tienen de más atractivo y más embriagador. Acaso Dios haya querido que no hubiese más que un amor digno del primero, y que ese amor fuera el último. Tal vez Dios ha puesto en ese amor una iniciación á la vida como consuelo de haber vivido....

—¡Ah! ¡Por qué no hablas siempre así! (interrumpió Allán con entusiasmo, ocultando su frente en el seno de la señora Scudemor.) Dime que yo no era un insensato.... que tú podías amarme.... que eso era posible....

—Sí, era posible, sí (replicó ella á su vez). Podía ser, porque no había entre nosotros más que años, Allán; los años que hacen llorar por

la belleza perdida, porque se tiene miedo de que *él* ame á otra mañana. ¡Ah! Esos años inflaman aún más el amor que se siente con la inquietud y los celos, esa doble conciencia de nosotros mismos. ¡Ay! ¿Es culpa mía que ese amor magnífico, puesto que resume el corazón todo entero, la suerte le haya arrancado de mi alma? ¿Es culpa mía si me parezco al zahorí de las supersticiones que ve en los cementerios el cadáver bajo el paño funerario de musgo y rosas que le cubre?

Los ojos de Allán se inundaron de lágrimas amargas.

—¡Cuánto me agradan vuestras lágrimas (continuó, en uno de esos momentos en que la mujer dominaba por completo); cuánto me agradan vuestras lágrimas, pobre niño! La muerte de mi alma es llorada dignamente por vos, por vos, que conserváis intacta la vuestra. Esas lágrimas que nacen de las más tranquilas fuentes del cielo como un éter incorruptible, y grabadas en el cristal de roca de un corazón fiero, son más hermosas al correr sobre tantas manchas, guardadas en el fondo del alma, que las de la Magdalena cayendo sobre los pies de Cristo. Aquella pecadora lloraba por sí misma aún; pero vos, niño, sois más generoso, pues llorais por mí solamente. Pero Jesús llevaba y permitió á aquella infeliz mu-

jer alcanzar los nueve cielos del perdón, y yo no tengo un paraíso que ofreceros, ni aun que haceros presumir llegaréis á alcanzar algún día.

—Sí, tienes uno (interrumpió, con la eterna niñería de las pasiones); y si no es amor, es algo que se le parece. ¿Por qué me tratas siempre de *vos*, en lugar del *tú* cariñoso? ¡Ah! Si agradeces mis lágrimas; si las crees dignas de ser derramadas por tu corazón que yo hubiera querido reanimar, dime una sola vez: «Allán mío, gracias.» Porque yo soy tuyo, Iseult, tuyo hasta el último pensamiento. Me parecería ver el amor en tu palabra, y esto sería para mí como si te me hubieras entregado segunda vez.

Este capricho de corazón enamorado enterneció á aquella razonable mujer, y respondió con una coquetería enteramente maternal:

—Bien, sea: «¡Gracias, Allán mío!»

Y con la mano de nieve alisaba los rubios cabellos del joven, que cubrían su frente sudorosa del calor y ardiente de pasión.

El desgraciado niño se desvanecía de felicidad al contacto de aquella mano y al dulce rumor de aquella palabra.

—Ya veis, Allán (prosiguió, dirigiendo una mirada vaga al espacio), que puedo hablar

de *tú*, ya que lo queréis. Puedo servirme de ese lenguaje, al que mis labios ya no están acostumbrados, para deciros: «Toma, niño, coge y respira la cáscara de un fruto que ellos han devorado por completo, sin dejar una sola gota para ti.»

Había en su modo de hablar un desdén dulce, como lo es el de la razón cuando cede á los deseos caprichosos de un enfermo, lo que arrebató á Allán la felicidad que había experimentado al ser tuteado por ella.

—Oye, Iseult (dijo, después de un momento de silencio); no volveré á pedirte nada adelante. Todos tus dones son flores muy bellas, pero envenenadas, que me hacen más mal que bien.

Hablaron aún bastante rato, hasta que el sol empezó á declinar, y advirtió á la señora de Scudemor que era hora de volver al castillo. ¿Y quién sabe si aquella vida tan apasionada que se mezclaba con la suya no la causaba algo de fatiga?... ¿Quién sabe si su resignación no elevaba una queja en su alma, á pesar del placer que las mujeres encuentran en ser víctimas? ¿Quién sabe si volvía la cabeza con pesar hacia la soledad, hacia aquella soledad que no había abandonado nunca?...

Cuando Allán le trajo su caballo, no la dió tiempo para lanzarse á la silla, y la cogió en-

tre sus brazos como si hubiese sido una niña.

—Os vais á hacer daño, Allán,—gritó asustada al ver su esfuerzo.

Contrasentido inexplicable de todas las mujeres, cuando ven que un hombre se expone á la felicidad de hacerse daño por ellas, porque se las ama hasta el extremo de morir en su servicio.

Convaleciente, pálido y débil, la tuvo un momento estrechada contra su pecho, sintiendo el loco pesar de no morir bajo el peso de aquellas formas idolatradas.

Cuando la Condesa estuvo á caballo, en esa postura que pone tan de relieve las formas de la mujer, en sus movimientos y en sus contornos, la miró embelesado, sintiendo correr por su cuerpo la llama del deseo, y depositó sobre la botina, cubierta de polvo, un beso capaz de hacer arder unos labios de veinte años; pero ella, que sabía bien las tempestades que había levantado tantas veces en los hombres que la habían amado, puso su caballo al galope en dirección al castillo.

XVII.

Entre las inexplicables necesidades que experimentan las criaturas que se agitan en el mundo, hay una que tal vez las resume todas, y es un misterio, como toda la vida; es una melancolía, como todos los sentimientos del corazón. Los seres más fuertes la han sentido mezclarse con su fuerza para hacerla flaquear por momentos; y los débiles, esa raza numerosa destinada á sufrir, la guardan eternamente en el fondo de su debilidad. Se aparece á todos y á todos los solicita: á los hombres de genio, cuando sienten su cabeza demasiado pesada para sostenerla solos, y que quisieran apoyarla en las rodillas de una mujer, digno cojín de la corona de un rey; á los hombres valerosos, que desearían que sus labios áridos se refrescasen en su aliento perfumado, que su frente, cubierta de sudor, fuese enjugada por ella. No creáis que es el amor. Aunque se le asemeja mucho, es mucho más pura, y el amor no la satisface siempre. Con frecuencia le pre-

cede, y le sigue más á menudo. Es la intimidad.

No, el amor que procede de la intimidad no vale lo que ella, y el hijo es mucho más hermoso que la madre, que no tiene ese carácter terrible é impetuoso que llena la vida como la felicidad del amor. Misericordia infinita, que ha puesto en el aliento de una boca humana el poder de disipar las nubes que se levantan en nuestros corazones inquietos; hecho muy sencillo, y en el que respira toda la intimidad. Cuando estamos agobiados por los negros pensamientos que nos torturan, una mano cogida, menos que una mano, una mirada; menos que una mirada, saber que se halla allí ese corazón que nos ama, es bastante para las aspiraciones eternas de esta humanidad tan difícil de contentar.

Al menos hubiera podido creerse que si los delirios del amor de Allán no habían encontrado correspondencia, no le faltaría la vida íntima, y que esta gran mecedora de las almas, que las adormece con naderías deliciosas, refrescaría algunas veces la suya. Pero hay destinos tan tristes, que la brizna de hierba y la gota de agua que los consuela, faltan en el arroyo donde deben encontrarse. Desesperado Allán por la Condesa, no podía encontrar alivio en su *intimidad* con ella. Le era dema-

siado superior para que la confianza de este sentimiento pudiera establecerse entre ellos, y no hay nada más temible que la superioridad en las afecciones.

El joven temía, cuando se despejaba su cabeza y podía reflexionar, ser despreciado por la señora de Scudemor, lo que demostraba en el pobre niño la profunda ignorancia que tenía de la naturaleza de las mujeres. Cuando se sufre por ellas, no desprecian al que martirizan, por pequeño que sea. La condesa de Scudemor, el tipo de la pasión, de la debilidad, de la mujer entera, que, gracias á una organización superior y á una inteligencia de primer orden, había sobrevivido por el pensamiento á una vida del corazón, ¿no era una prueba irresistible de lo que decimos?

Por otra parte, el temor que le inspiraba muchas veces por la manera brutal con que destrozaba las ilusiones de su corazón, le detenía cuando se sentía impulsado á lanzarse á ella con todas las fuerzas que le quedaban. Ella le cercaba en su personalidad, y no podía escapar á su cautividad dolorosa sino por las salidas más terrestres del amor. Los únicos momentos en que este amor hacía menos desgraciado á Allán, eran aquellos en que los sentidos ahogaban á la imaginación bajo los velos de la carne.

Así es que pasados los paroxismos, caía el joven en un abatimiento espantoso, ó en cóleras inútiles contra la suerte, acabando por despreciarse á sí mismo. ¿Qué le acontecería, pues, cuando hubieran desaparecido los primeros instantes de la posesión tan deseada y sus embriagueces, para él tan nuevas y desconocidas?

Y aquella valerosa y extraordinaria mujer no se desmentía nunca. No se la podía reprochar ni una pusilanimidad ni una inconsecuencia: juzgaba la pasión de Allán con la mayor sangre fría; conocía que debía sufrir; pero esperaba que el sufrimiento no duraría bastante para ocupar aquella vida que comenzaba por el marasmo. Hubiera podido, como muchas hipócritas, simular bastante amor para engañar al joven, pero tenía miedo de retardar el fin de la pasión que inspiraba.

Ese sentimiento, como hemos dicho, había absorbido en la señora de Scudemor todas las solitudes maternas, y Camila, abandonada á sí misma, vivió algunos días de esa manera. Después de *la noche del salón grande*, la Condesa había separado más todavía de ella á su hija. Cuando Camila estaba delante, encontraba siempre un pretexto para alejarla; prudencia necesaria, pero tarea difícil en extremo. ¿No era posible que el mismo exceso

de precauciones que tomaba diera por resultado el hacer sospechar á su hija lo mismo que trataba de ocultarla con tanto cuidado?

Es verdad que se hallaba su inocencia defendida con la espesa venda de la ignorancia; pero cualquier día era fácil que el motivo más fútil despertara la curiosidad, ayudando á su penetración: basta algunas veces una sola palabra para desarrollar todo un poema en una imaginación que se despierta; una mirada hace reflexionar; un nada es suficiente para turbar ese algo tan desconocido que se llama «alma» en las lenguas humanas.

Esta idea atormentaba cruelmente á la señora de Scudemor.

El abandono en las relaciones con su hija había desaparecido poco á poco. En el fondo, nada había cambiado, y, sin embargo, eran del todo diferentes. Frialdad triste para aquellos dos seres, entre los cuales Dios no había puesto esa ternura que es tan grande por parte de las madres porque es la adoración de un pasado consagrado por todos los títulos, los de la pena y los de la felicidad.

Frecuentemente este era el objeto de su conversación con Allán.

—Ved (le decía una tarde, en el sitio mismo en que recibió sus primeros besos); tengo miedo de que mi hija llegue á notar lo que pasa

XVIII.

Los Sauces, tan concurridos generalmente, ofrecían el otoño de 1845 un aspecto que no les era habitual, pues solamente contaban con tres personas, la Condesa, su hija, y aquel joven que la acompañaba todos los años y que se podría tomar fácilmente por su hijo también. Eran nada más que tres en aquellos grandes salones vacíos, tres para pasearse por las grandes calles de árboles del silencioso jardín.

La verja no se abría más que una vez al día para dar paso al carruaje de la señora de Scudemor, que iba á pasear por los caminos cercanos un par de horas por la tarde, para disfrutar del sol de Octubre, tan dulce en Normandía, que la mujer más delicadamente hermosa puede recibirlo de lleno en el rostro con el velo levantado.

Muchas veces Camila permanecía en el castillo, y aquellos días eran felices para Allán, que entonces podía hablar de su amor á la Condesa, porque, como se ha visto, la intimidad